

De la marcha por la Dignidad a la marcha por la Paz

...la ciudad constituye el escenario de fondo donde, a través de la acción simbólica, una multiplicidad de grupos desarrolla distintas puestas en escena de lo que son, de lo que han sido y de lo que quieren ser.¹



Universos separados, vidas diferentes, sentimientos que se escapan, sueños materializados, anhelos frustrados, fantasías con alas, desesperaciones encontradas, ropas multicolores, gritos, ríos de “puntos blancos”, risas inocentes o grotescas, aplausos, infinitas postales que nos cuentan historias..., estamos en la Ciudad de México.

La urbe, como espacio emblemático de la diversidad, alberga segundo a segundo y centímetro a centímetro una gran variedad de personas y estilos de vida. Dentro de sus lógicas infinitas hay algunas que se vuelven familiares, reconocidas en la distancia y se dejan sentir sus efectos en los diferentes ámbitos de la vida social. Una de las expresiones más polémicas de estas lógicas son las marchas, que día con día ponen a prueba el precario y, a la vez sólido mecanismo de organización y negociación del espacio público por antonomasia: la calle.

Particularmente los días 26 y 27 de junio de 2004, las calles de la Ciudad de México fueron practicadas, intervenidas y resemantizadas por dos marchas: la Marcha del orgullo lésbico, *gay*, bisexual y transgénero y la llamada Marcha por la paz. Una y otra con mecanismos de articulación distintos, con la puesta en marcha de imaginarios y estrategias expresivas diferentes que apelaban a símbolos distintos, pero en estricto sentido, compartieron la manifestación y visibilización de un ejercicio de la ciudadanía que no requiere argumentos para su legitimación.

El presente texto es una ojeada a ambas marchas y una breve reflexión sobre las lógicas de articulación en términos de uso y apropiación del espacio,

* Escuela Nacional de Antropología e Historia, INAH.

¹ Francisco Cruces, “El ritual de la protesta en las marchas urbanas”, en Néstor García Canclini (coord.), *Cultura y comunicación en la ciudad de México*, México, UAM-Grijalbo, 1998, p. 27.

la puesta en escena de la identidad, y la expresión de imaginarios urbanos, que se pueden ver en ellas.

La diversidad como emblema

Sábado 26 de junio: curiosidad, morbo, sorpresa, escándalo; ellos y ellas se han vestido, desvestido, disfrazado para ser fotografiados o captados por una cámara de video, en donde todo se vale y la imaginación resulta desbordada; si las cámaras no aparecen hay desilusión, disminuir el paso y posar para la toma, hacer que no se dan cuenta, espontaneidad artificial, hoy aquí están, las cámaras los hacen visibles y eternos..., es la Marcha del orgullo lésbico, *gay*, bisexual y transgénero.

La mañana, un tanto nublada, daba la bienvenida a los miles de manifestantes que se aglutinaban sobre la calle de Florencia, alrededor del Ángel de la Independencia y sobre la lateral de avenida Reforma, quienes esperaban ya poder iniciar la marcha del orgullo *gay*.

En el templete, colocado frente al Ángel de la Independencia, se presentaron diferentes números musicales, entre ellos algunas lesbianas bailando temas folclóricos, varias llevaban flores en la mano, que entregaban a otras mujeres, representando una declaración de amor, acto que de no haber sido en otro día y otro espacio no hubiera sido probable; desde aquí ya se empezaba a notar el ambiente festivo, desafiante y lúdico que imperaría durante toda la jornada. Un vaquero cantaba composiciones de su propia inspiración, “me siento a gusto con lo que soy...”, entonaba emocionado. Más tarde un joven cantaba rolas poperas, acompañado por un grupo de bailarines, todos vestidos de negro, recordando la estética de la vestimenta de la película *Matrix*, mientras los escalones del Ángel era tomados como escenario para sacarse la foto del recuerdo; frente a ellos, grupos de travestis, y lesbianas ondeaban banderas *gay*.

Entre cantante y cantante, el orador principal empezó a aventar sombrillas chinas rojas, naranjas, azules, amarillas; la gente brincaba y levantaba los brazos para apoderarse de ellas, algunas de las cuales caían al piso y la gente se arremolinaba para poder tener una de aquellas sombrillas, que se convertían en la metonimia de la mítica feminidad oriental y servían para completar la

vestimenta de aquellos esmerados en su arreglo personal, mientras para otros significaba un elemento lúdico para “integrarse” un poco más en términos visibles al carnaval.

Los padres de familia, quienes encabezaban la manifestación, subieron al templete y dijeron que la marcha era para exigir los derechos de transgéneros, lesbianas, homosexuales, *gays* y bisexuales; que los padres deberían amar y apoyar a sus hijos con todo y su orientación sexual, que se les debía querer y nunca darles la espalda, ni echarles de casa. A la oradora en turno, una madre de familia, durante las últimas frases se le quebró la voz, lágrimas rodaron por sus mejillas, mientras su hijo, que estaba enfrente del templete, gritó visiblemente emocionado: “¡¡¡ésa es mi madre chinga!!!”. Su grito se perdió entre los aplausos, pero los que estaban cerca de él alcanzaron a escuchar mientras la música de los camiones subía a todo volumen. La gente se empezó a mover, a integrarse en diferentes grupos, y de manera aparentemente involuntaria a conformar lo que sería ya el contingente principal; banderas *gay*, bailes, gritos, globos, mantas, todo fue puesto en marcha..., y la marcha comenzaba.

“¡Ay, pues decimos que nos equivocamos de marcha y ya!”

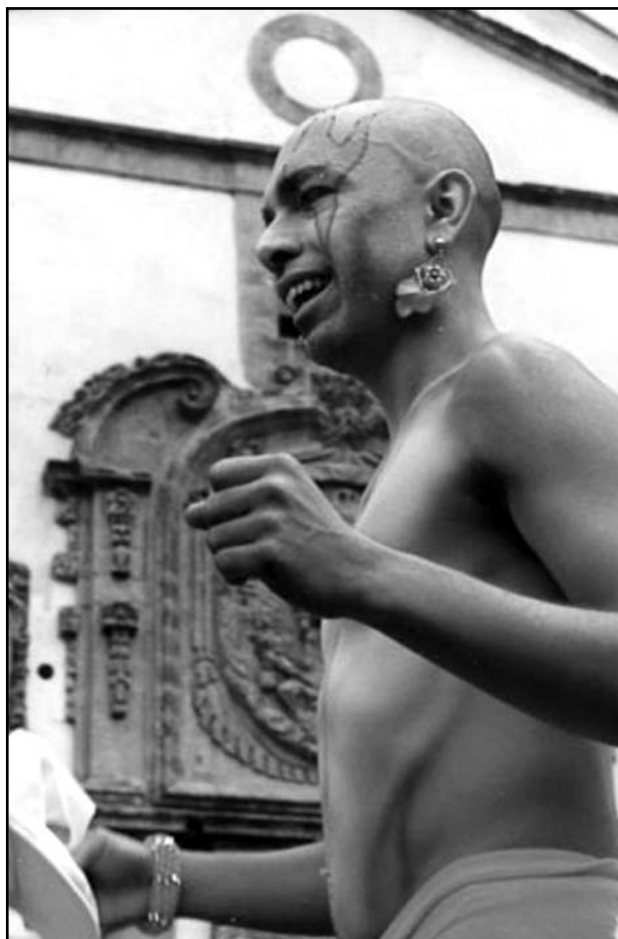
La presencia de la Marcha por la paz se dejó sentir entre los manifestantes y el chiste recurrente fue argumentar que se habían equivocado de marcha, en caso de que fueran vistos por alguien inesperado. Había una conciencia de que esas mismas calles, ese mismo espacio al otro día iba a ser recorrido por diferentes personas, pero sobre todo por diferentes causas, sentidas como “más legítimas” y con más derechos que los de la comunidad *gay*. Flotaba en el ambiente la presencia de la otra marcha, aún sin haberse llevado a cabo, se extendía como una especie de sombra simbólica que para algunos demeritaba y para otros ensalzaba esta marcha, esta manifestación, ambas por el respeto a los derechos ciudadanos, pero con diferentes legitimidades sociales, políticas y culturales.

Para hacer una ola *gay*, levantaban las dos manos hacia arriba, “quebrando las manos” hacia los hombros y

gritaban: “¡hoooolaa!”, recuerdo del gesto corporal para designar a alguien que “se le cae la mano”, marca social vuelta consigna, coreografía convertida en consigna corporal y verbal durante la marcha, muestra de una de las lógicas más visibles durante la marcha *gay*: hacer del estigma un emblema identitario, mostrar, repetir y reafirmar hasta el hartazgo aquellos rasgos por los que han sido marcados socialmente.

“¡No somos uno, no somos cien...! ¡Pueblo escucha, tu hijo se llama Lucha!”

En la marcha preponderan tres sentidos: el visual, el tacto y el auditivo, son los sentidos a los que más se apela. Marchar es hacerse visible y hacerse escuchar, y



El cuerpo convertido en “pancarta” polisémica dentro de la marcha *gay* (fotografías: Aída Analco).

también tocarse sin culpa. El cuerpo, entonces, se vuelve una “pancarta” en movimiento, mensaje polisémico que podrá entender de manera total aquel que conoce los códigos, otros se quedarán en una lectura superficial.

El cuerpo como territorio de expresividad transgresora, los cuerpos gritan a través de su vestimenta, el cuerpo escandaliza con su desnudez, los cuerpos transformados son exhibidos como una conquista simbólica, los senos aparecen a la menor provocación, mostrando las cicatrices de las cirugías que los han construido. Mostrar el cuerpo como un logro: “¡por fin lo hice!”, es una celebración del derecho a hacer lo que se quiera, exhibirse a cada momento; este día se vale, es su día, hacer evidente la preparación del evento, con días, semanas, hasta meses de anticipación, para estar ahí, para verse, mostrarse, sólo un día, pero en el que todo se vale.

Asimismo se percibe una relación distinta con el cuerpo, tomar conciencia de él, en términos de socialización y erotización que encanta y que traspasa los límites de la cotidianidad, porque hoy lo prohibido es legítimo, el tocarse, sentir al otro, besos y caricias en los que algunos ven insultos al pudor, ellos construyen simbólicamente expresiones de libertad.

Por otro lado, las voces, música, porras, risas, gritos, consignas, el escándalo es literal, además de simbólico, la marcha se oye, el motor de los camiones, canciones y burlas se insertan dentro de la lógica de la manifestación.

El silencio se recorre a otros espacios, el silencio es para los “mirones” que atónitos ven pasar la marcha, hoy la voz es de la comunidad *gay*, el discurso verbal se vuelve un elemento importantísimo dentro de la marcha. Cambiar palabras dentro de las consignas tradicionales de las marchas y dotarlas de un nuevo sentido, también es un mecanismo recurrente. Transformaciones simbólicas para generar nuevos discursos permeados por lo lúdico. El insulto, las groserías, es el vocabulario de la plaza pública, las palabras que designan las partes íntimas del cuerpo están a la orden del día y llevan un significado distinto, lo grotesco² —entendido en

² Bajtin Mijail, *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento. El contexto de François Rabelais*, Madrid, Alianza, 1999, pp. 131–176.



Atónitos y asombrados, los transeúntes ven pasar la marcha y escuchan a la comunidad gay.

términos de la unión de lo sublime y lo terrenal, lo corporal—, se ve y se escucha, lo escatológico da paso a la risotada y la transgresión de mundos simbólicos sigue irritando a los que van fuera de la marcha.

“¡Detrás de las persianas se esconden las lesbianas, detrás de los balcones se esconden maricones!”

Detrás, lo oculto, lo ilegítimo, la reprobación social que lleva a la vergüenza, la doble vida, el hacer de los mirones uno igual a ellos, reírse del encierro social en el que la sociedad los ha destinado en tanto su calidad de homosexuales; regresarles el estigma, la marca, la exclusión social, hacerlos marginales; físicamente son ellos los que tienen la centralidad, van en la marcha, los marginales son los de afuera, los que no van en la marcha, los que están en la periferia, la relación centro-periferia se resignifica en términos espaciales y simbólicos, quienes van en la marcha constituyen la centralidad, acaparan la atención, disturban el tráfico vehicular y la moral de quienes los observan.

El emplazamiento físico se vuelve simbólico, estar dentro o fuera de la marcha implica una orientación sexual, pero también una conciencia por la diversidad y los derechos del otro; así también se vuelve un ejercicio ciudadano lúdico, participación y manifestación que no busca legitimidad porque la tiene *per se*.

“¡¡Banquetera únete!!”

A lo largo de la marcha hay un juego respecto de la orientación sexual del otro. Juego de hacer a los otros iguales a ellos, adjudicar la homosexualidad, porque finalmente “todos son *gays* hasta que se les demuestre lo contrario...”. En el fondo, de manera simbólica se apela a dos cosas: a salir del clóset, a atreverse a bajarse de la banqueta y por otro lado, se apela al ejercicio ciudadano de manifestarse, de unirse, de apoyar, de tener el consenso y que todos caminen con ellos, solicitar al otro su solidaridad, el respaldo a sus derechos, que se concreta en el acto de caminar juntos.

Durante toda la marcha en sus consignas se encuentran los sectores sociales más grandes e importantes en términos estructurales. Apelar a los diferentes actores: policía, Estado, familia, Iglesia... “¡Norberta Rivera homofóbica y culera!”, llegando al Zócalo por la cercanía con la Catedral en los últimos metros de la calle de Madero, ahí es donde arrecian los gritos para el arzobispo primado de México. Insultos que simbólicamente apelan a la legitimación desde diferentes sectores, desde la burla o la injuria se les reconoce la importancia para la aceptación social.

La marcha por la Paz

La multitud rebasó a los organizadores. El repudio a la delincuencia y la solidaridad con las víctimas congregaron a una variopinta confluencia de personas, ajenas en su mayoría a siglas partidistas o mambretes ciudadanos. Ellos hicieron de la marcha de la derecha su propia protesta contra la inseguridad pública.

Aunque formalmente se trató de una sola, en los hechos fueron dos manifestaciones distintas las que ocuparon el Zócalo de la Ciudad de México el día de ayer. De un lado, la de los convocantes formales a la protesta y su entorno asociativo: cámaras empresariales, militantes panistas, grupos religiosos, empleados de compañías privadas, personal de confianza de las dependencias gubernamentales, estudiantes de escuelas particulares, asociaciones civiles, organizaciones filantrópicas. Del otro, víctimas del hampa,

familiares de las mujeres asesinadas en Chihuahua, vecinos de colonias populares, trabajadores electricistas, grupos de izquierda que quisieron quitarle a la derecha las banderas de la lucha contra la delincuencia, ciudadanos convencidos de la necesidad de participar por el llamado de los medios de comunicación.³

La cita fue nuevamente en el Ángel, domingo 27 de junio, las calles aledañas habían sido cerradas y por ellas transitaban cientos de personas para llegar hasta el punto de reunión, una vez emprendido el camino, la gente se incorporaba a la marcha por diferentes calles, familias enteras apresuraban el paso para formar parte del macrocontingente de la llamada Marcha por la paz, a diferencia del día anterior, el colorido ausente dio paso al blanco predominante en las ropas de las personas de esta marcha.

De marcha a desfile

La ropa misma emplazaba a los manifestantes, vestimentas de marcas reconocidas aparecieron a lo largo de todo el trayecto, gafas para el Sol, celulares, perfumes y afeites inusuales en una marcha se hacían presentes. Se notaba un arreglo esmerado para que pareciera casual, zapatos y ropa deportiva, perfectamente combinados: “para la caminata, me traje estos zapatos, que son unos verdaderos guantes, no sabes”; respecto del día anterior, también hubo una preparación en términos de “facha”, el principio: color blanco, después los matices para lograr la apariencia casual, pero “jamás desaliñado”, el contenido cedió ante la forma, lógica que se mantendría durante toda la marcha.

Las clases caminaron juntas pero no revueltas, había pequeños contingentes “involuntarios” que se formaban a lo largo de toda la marcha, grupos de personas de tez blanca, ropa cara y comentarios triviales caminando en el mismo sentido que las familias de extracción modesta, pero sin duda esta marcha fue de la clase media, comentarios como: “es la primera vez que vengo a una marcha”, era el testimonio más escuchado; grupos

³ Luis Hernández Navarro, “Las muchas marchas”, en *La Jornada*, 28 de junio de 2004.



El miedo al otro y a la ciudad, predominó en la marcha.

de jovencitos, con ese particular modo de hablar, alargando las últimas sílabas de cada palabra, caminaban como en excursión escolar: “ahora hasta en la tele vamos a salir, qué loco, ¿noooo?”, una señora hablaba por su celular: “¿en dónde estamos?, ah sí en una calle que se llama Juárez, me dicen...”, mientras otra señora con una pañoleta blanca en el cuello, celular en mano y gafas para el Sol, le comenta a su acompañante: “mira, ahí está Monse del club, ¡qué bueno que vino!, ¿no?”, entonces, la marcha derivó en desfile, en una pasarela, donde lo que importaba era ser visto por los demás, pero no por los otros, a diferencia del día anterior, sino para exhibir la “conciencia social” entre pares, entre los conocidos, los demás no importaban.

Marchar se volvió *chic*

Entonces se pierde la politización expresiva de la marcha como forma de protesta, las consignas ceden ante el silencio coordinado y mandatado, aunque si no hubiera habido ese consenso, tal vez la mayoría de los

manifestantes no hubieran sabido qué gritar además de “¡México, México, México!”.

Madres cargando a sus hijas, gente conversando y riendo, pláticas sobre la gente del club, la próxima boda de fulanita, el desastre en que está convertida avenida Reforma: “¡lástima, tan bonita avenida!”, y de tanto en tanto, alguien recordaba que estaban ahí por la inseguridad, y empezaban las quejas por los robos y los secuestros, y de cómo habían tenido que contratar más vigilancia en las colonias en las que viven.

La marcha era política, pero despolitizada, aunque muchos quisieron ponerle nombre y apellido, en realidad fue un ejercicio inacabado de ciudadanía, con diferentes niveles de “conciencia” en términos de los motivos para estar ahí.

Pasen la voz

“**A** la una de la tarde, en donde estemos vamos a empezar a cantar el Himno Nacional, pasen la voz”, y el mensaje recorrió la marcha,

El espacio físico fue insuficiente, pero también el espacio simbólico. En términos de proceso ritual resultó inacabado, ya que se sentía una falta de cierre para la marcha. Cuando la gente por fin llegaba al Zócalo, no sabía qué hacer, algunos dejaron las pancartas que llevaban como huella simbólica de su presencia, pero otros sólo llegaron a la “plancha”, mirando como queriendo encontrar algo y comenzaron a desandar sus pasos en búsqueda de algún lugar para comer y descansar. El intento de cierre fue entonar el Himno Nacional, algunos visiblemente conmovidos, otros bostezando, otros ignorando qué estrofa seguía.

Demanda por la seguridad de una ciudad desconocida

...los procesos imaginarios se construyen según distintos “puntos de vista urbanos” y así habrá una ciudad de las mujeres [...] o una ciudad juvenil [...]. Cada urbe, hablando culturalmente,



será entendida como la suma hipotética de los distintos puntos de vista ciudadanos.⁴

Sin duda, la movilización del 27 de junio resultó una marcha sin precedentes, en términos de convocatoria; literalmente eran ríos de gente que se desbordaban antes de llegar al Zócalo. Las calles del centro fueron visitadas por primera vez por los manifestantes y para muchos fue la primera marcha a la que asistieron. La apropiación del espacio se dio en términos físicos y simbólicos.

Una señora hablaba por celular: “¡ay espérame!, ¿qué es aquí, ¿cómo se llama...? (el monumento a Cuauhtémoc), ¡ah, sí!, me dicen que es el monumento a Cuauhtémoc, sí casi llegando a Insurgentes...”. Para muchos más que un acto de protesta, la Marcha por la paz se convirtió en un paseo por calles de la ciudad que no conocían, fue mirar y descubrir partes de la ciudad, transitar por primera vez por la ruta tradicional de las marchas y formar parte de una de ellas; era como ir construyendo el espacio a tumbos y tropiezos, ante el desconocimiento de las calles por las que caminaban, dejarse arrastrar por el gigantesco contingente.

La “ruta tradicional” de las marchas como espacio físico fue intervenido de manera distinta, el mismo recorrido con diferentes expresividades de carácter estético. La Marcha por la paz fue una ruptura dentro de la cotidianidad de la lógica de las marchas. El color blanco —otrora emblema de la paz— recordaba más a una asepsia en términos políticos que se propagandizó de tal manera, que terminó “destiñendo” la ideología de los manifestantes. La ausencia de consignas —elemento fundamental para emplazar a quienes conforman las marchas— también contribuyó a diferenciar esta manifestación de las demás. La estética de las pancartas —y en algún sentido la escasez de las mismas— recordaba más a algunas marchas de partidos políticos o desfiles, en donde el sólo “pasar lista” era lo importante.

⁴ Armando Silva, “Imaginarios: estética ciudadana”, en Abilio Vergara (coord.), *Imaginarios: horizontes plurales*, México, INAH-ENAH-BUAP, 2001, p. 108.



Durante la marcha por la Paz se buscaron muchas cosas y pocas se encontraron.

El tamaño mismo de la marcha, los miles y miles de individuos que caminaron rumbo al Zócalo, resultó una intervención que no sólo fue de carácter físico y material, sino que implicó la hiperbolización misma de la protesta como ritual urbano —aun cuando éste no haya sido terminado, como ya se mencionó antes—, comprensión del acto simbólico de caminar juntos, expresión de la cooperación ciudadana conteniendo una paradoja: “estoy aquí por mis intereses...”, y la suma de los intereses de todos nos hacen estar aquí, coincidencia que no requiere consenso, especie de individualismo altruista, como diría Ulrich Beck.⁵

Retomar la calle como foro de expresión por autonomía, retribuirle su carácter simbólico y poder

construir discursos a partir del tránsito, del discurrir por las avenidas de la ciudad. Intervención del espacio, apropiación de él, “realización”, construcción desde la, aparentemente, sola presencia, expresión de ciudadanía con infinitos matices y significados en su interior, dados por la experiencia individual de cada manifestante que conformó la marcha —paseo— desfile por la paz.

La fragmentación de la ciudad se hizo evidente ante el desconocimiento del Centro Histórico —el “corazón de la ciudad”—, por parte de quienes marcharon sobre él; no quiere decir que éstos no tengan corazón, simplemente, que en una ciudad tan grande, lo han puesto en otra parte.

La centralidad se vuelve multicentralidad y cada habitante decide a qué lugar pertenece o como lo expresa Silva: “la ciudad pasa a ser aquella concebida en los croquis sociales de sus moradores”.⁶ Los límites de la ciudad se expandieron para muchos de los manifestantes. De cualquier manera, esta multicentralidad cedió —entre el desconocimiento y la afirmación a través de la negación— ante la densidad histórica y simbólica del espacio. La marcha tuvo que llegar al Zócalo para ser vista, tuvo que recorrer la ruta tradicional de las marchas, caminar las mismas calles para legitimarse como acto de protesta y reafirmar la autoridad simbólica del espacio, quedando de manifiesto la relación dialéctica entre construcción del actor y del espacio.

La ciudad fue vista de manera total en términos imaginarios, ya que a pesar de esta fragmentación e inabarcabilidad en un sentido físico, el miedo y la inseguridad fungieron como conectores simbólicos de las múltiples cotidianidades, de los distintos puntos de vista ciudadanos. Todos convergieron en estos dos elementos. Por un momento, las múltiples ciudades vividas por cada habitante se vieron entrelazadas, desde el imaginario, por la inseguridad y el miedo.

El miedo como móvil y como rechazo, negarse a vivir con miedo ante la inseguridad y poder sobrevivir con el terror al otro en la urbe y a la urbe; manifestarse (en el sentido de protesta y de hacerse ver) por una ciudad desconocida...

⁵ Ulrich Beck, *Hijos de la libertad*, México, FCE, 2002, p. 18.

⁶ Armando Silva, *op. cit.*, p. 114.